

que la herejía de todos los tiempos dirige á la Iglesia así por boca de los albigenses en tiempo de DANTE, como por boca de los racionalistas en nuestros días. ¿Y aun pretende que quien esto cree, quien esto explica, quien con esto forma su doctrina y su obra en su parte esencial y formal, no pertenece de todo en todo á la comunidad católica? Demanda interesada y tenaz que el sentido común más trivial basta á resolver negativamente.

En cuanto á la parte literaria, nuestra proposición es probada con lo dicho, y aun con el título sólo de PURGATORIO. El conocimiento filosófico del dolor y de la difusibilidad sensual, alcanzaron sin duda á inspirar á Virgilio su viaje al INFIERNO. El conocimiento racional de la belleza, y aun el científico y literario de la Biblia, pudieron guiar á Milton en el poema del PARAÍSO: pero la región del PURGATORIO, la teoría de la expiación, del dolor de las almas que, según dice DANTE (*INFIERNO, Cant. 1*),

..... en medio están gozosas
del fuego, porque aguardan que algún día
se unirán con las almas venturosas,

la máxima que establece mancomunidad en caridad, por medio de sufragios entre todos los fieles colocados al uno y al otro lado de la tumba, sólo pueden ser inspiradas por la doctrina católica en toda su pureza, en todo su vigor, en toda su ortodoxia. Sintetizando, pues, estos artículos, concluiremos que la obra de DANTE, no sólo es racional y poética dentro del catolicismo, sino que por el catolicismo sólo se mide la fuerza de su razón y el vuelo de su poesía.

X

ALGO DE FILOSOFÍA Y DE OTROS CONOCIMIENTOS HUMANOS

Cuanto acabamos de escribir se refiere á DANTE como consumado teólogo, y acredita la verdad grabada en su epitafio, que hemos mencionado: *Theologus Dante, nullius in dogmatis expers.*

Si en esto hubiera habido elección de su parte, cierto que habría sido acertada la preferencia dada á esta ciencia divina. Porque no sólo, religiosamente considerada, es preferible aquella que parte del conocimiento de la verdad absoluta é infalible, sino que aun racionalmente hablando, aquel ramo del saber humano es superior que es más general y comprensible, y que, ascendiendo á la causa primera, universal y absoluta, desciende hasta las causas derivadas y particulares. Además, históricamente hablando, nadie puede desconocer que en el siglo XIII la teología había llegado á un punto de perfección al cual estaban muy lejos de acercarse los demás ramos de la humana sabiduría. Santo Tomás, el Ángel de los Escuelas, había ya aparecido en el horizonte, y aun estaban lejos de su Oriente Galileo para la astronomía, Volta para la física, Vico y Maquiavelo para la historia y la política. Hemos dicho, con todo, que de sus conocimientos científicos y literarios había hecho el Poeta florentino el segundo resorte de su admirable poema, y así es verdad. Pero la filosofía, si tal puede llamarse al amanerado y general culto que se daba á Aristóteles, estaba empeñada y reducida en la difícil empresa de explicar la doctrina católica por el sistema del filósofo griego, y los libros de éste por la tortura dada á los dogmas revelados. En la astronomía reinaba soberanante el sistema de Ptolomeo, según el cual el sol y los demás planetas giraban alrededor de la tierra. Sus órbitas, envueltas en el cielo de las estrellas fijas, se creía entonces que conservaban, sin embargo, ciertas relaciones con las criaturas habitantes de la tierra. Sobre el octavo cielo, ó de las estrellas fijas, se extendía el Empíreo ó noveno cielo de la luz pura, desde el cual comenzaba, por decirlo así, en sentido inverso al material, el mundo de los seres espirituales, principiando con los ángeles inferiores en jerarquía y concentrándose de círculo en círculo hasta terminar en Dios, centro, principio, móvil, origen y fin de las dos creaciones: la espiritual y la material. Pero como se daba á los ángeles y demás potestades espirituales directa in-

fluencia en los astros, y á éstos en los elementos, y hasta en las naturalezas individuales de los hombres, de aquí el estudio de la *Astrología*, muy en boga en aquella edad, y aun en las posteriores, extrañamente relacionada con la astronomía y con la religión.

La geometría, en que era DANTE peritísimo, estaba con todo, reducida en su siglo á los estudios hechos en ella por Boecio sobre Euclides, y apenas alcanzaban más las ciencias exactas. En cambio, es verdad, la ciencia histórica había hecho algunos adelantos; pero, por una parte, los libros eran todavía, como hoy las cartas, más bien una confidencia de familia que un documento público, por otra se escribían generalmente éstos en la lengua del Lacio, aunque Mateo Spinello dejase en italiano la primera crónica que se cuenta en idioma vulgar, y que termina justamente con la muerte del autor, hacia la época del nacimiento del DANTE. No obstante, ni aquí ni sus demás coetáneos en la ciencia histórica pudieron reconquistar la magnífica severidad de Tácito, ni la grandeza y extensión de miras de Tito Livio, ni menos llenar las exigencias que la edad moderna tiene con los escritores de esta clase. Sea de ello lo que quiera, cierto es que nuestro Poeta, tan versado como el que más de sus contemporáneos en las ciencias y en la historia, adoleció, como era natural, de los defectos que caracterizaban su época y de los que lleva y llevará siempre consigo la flaqueza humana. Parcialidad en la narración de sucesos en que había sido actor; acritud en el juicio de personas, hijo más de la disposición de su ánimo que del conocimiento y apreciación de los hechos; tendencia a descubrir en sucesos comunes misteriosos influjos, y esto no por belleza poética, sino por sincera convicción de visiones generalmente recibidas. Defectos son estos ó carencias en que abunda el poema del DANTE, los cuales, así como el uso que hizo de la máquina mitológica, y que nosotros hemos señalado como el tercer resorte de que vale, pondremos más patentes con el examen y análisis en que vamos á entrar de su cántiga del INFIERNO.

Esta parte de su poema, tanto ó más que las otras podrá convencer de que la erudición y ciencia de aquel insigne Poeta no se limitaba ciertamente á los conocimientos teológicos: antes bien se extendía á todo lo que en su tiempo era conocido; pero que su principal mérito, su peculiaridad exclusiva, es la de haber hecho del dogma católico y con el dogma católico la más admirable obra de poesía de que sea capaz la humana imaginación. Es verdad que ya nuestro español Prudencio había cantado hechos heroicos de los mártires; pero, sobre pertenecer este escritor, no á los albores de la literatura moderna, sino al último crepúsculo de la latina, por el lenguaje que emplea y por el argumento mismo á que se dedica, puede llamarse cantor de los cristianos, pero no del cristianismo. Posteriormente á DANTE, Tasso y otros, no pocos con menos mérito, han cantado héroes, afectos, inspirados por la fe en nuestro dogma: de esos héroes ó de esos afectos son cantores, no del dogma mismo. DANTE quedará siempre con el privilegio de haber poetizado las grandes verdades dogmáticas y de haberlas hecho objeto á la vez y estímulo de su inspiración, sin apartarse, sin embargo, digase lo que se quiera, ni en el ápice de la ortodoxia católica, no ya sólo en el fondo, pero ni tampoco en la expresión de sus pensamientos.

XI

EL INFIERNO

La figura que DANTE atribuye al Infierno se aproxima á la de un cono inverso cuyo vértice es el centro de la tierra, y cuya base, de diámetro igual á su profundidad, toca á la superficie de nuestro globo. El sabio florentino, en su inclinación á las ciencias exactas, prefirió esta pirámide excepcional, cuyas varias secciones y misterio-

sas curvas son todavía asunto de estudio á los matemáticos; además, su pasión á los números simbólicos, así como había distinguido nueve mansiones en el Paraíso y nueve escabrosidades en el Purgatorio, distribuídas también en nueve círculos concéntricos la vasta cavidad del Infierno. Vulgarmente comparado, éste podría representarse como un vastísimo circo, en cuya arena comenzase otro anfiteatro de menor diámetro, y luego otro sucesivamente, para completar el número de nueve y llenar la extensa longitud de un radio de la tierra. La superficie de ésta en que se halla la selva oscura donde DANTE se extravió, y el monte iluminado por el sol y defendido por las tres fieras de que hemos hablado, sirven de cubierta á la tenebrosa cavidad. No forma tampoco parte de ella la región en que está la puerta cuya inscripción hemos mencionado también.

Luego que Virgilio y DANTE hubieron penetrado por aquella entrada, vieron una turba que agijoneada por avispas vagaba desnuda á una y otra parte, y DANTE dice:

*¿De quién, maestro, es ese grito,
y quién son esas tan perdidas gentes? —
Y él me dijo:—Así el número infinito
pena de aquellas almas que vivieron
sin virtud en la tierra y sin delito;
que á los ángeles luego aquí se unieron
que no fueron traidores ni leales
á Dios, mas sólo por sí propios fueron.
Por no menguar sus brillos celestiales
los lanza el alto, y los rechaza el bajo
porque achican su horror huéspedes tales.—
Y exclamé:—¿Qué destino así los trajo,
qué grave mal al parecer tan fuerte? —
—Te lo diré, me dijo, sin trabajo:
Esos no esperan bienhechora muerte,
y es su existencia tan amarga y lasa
que envidiosos están de cualquier suerte.
Su huella el mundo ni conserva escasa:
el perdón, la justicia los desdeña.
No hablemos de ellos, sino mira y pasa.—*

No puede darse más sublime desdén. Los que hemos alcanzado á vivir en tiempos turbulentos, participamos de ese mismo sentimiento. DANTE, que había sido güelfo hasta el punto de combatir y derramar su sangre; que, arrastrado luego por las vicisitudes al bando gibelino, había padecido por él el largo martirio de veinte años, no comprendía que hubiese vida donde no hubiese acción y simpatía y afecto por una ó por otra parcialidad; no alcanzaba que el cielo pudiese amparar en la muerte á aquellos que nada habían amado ni hecho en vida; ni en el Infierno mismo daba lugar á estos egoístas, á los cuales sólo su inmenso desprecio abarcaba.

Pero aun no hemos llegado, propiamente hablando, á las regiones infernales. Nos separa de ellas el río del Olvido, el Aqueronte, en cuya ribera aguarda cansada y desnuda una multitud de almas. En vano DANTE se confunde y agrupa con ellas para hallar pasaje: el barquero Carón se niega á dárselo, y le interroga:

*¿Y tú, qué haces aquí, criatura viva?
Parte, aléjate de éstos que son míos.*

DANTE no se mueve, y Carón de nuevo,

*Por sitios, exclamó, menos impíos,
no por estos á ti pasar te toca:
ve á buscar otros puertos y navíos.*

Virgilio entonces, que guía á DANTE, interviene, y dirigiéndose al inflexible barquero, le dice:

*..... Carón, tu ira sofoca
allá, donde se puede, lo han querido.*

Superior mandato á que no resiste el piloto infernal. Entretanto, el tropel de almas que allí aguardaban

*mudó el color y tiritó de dientes,
en cuanto la amenaza oyó sañuda:
Y de Dios y sus padres y parientes
blasfemarón, y el suelo maldijeron,
y la luz que los puso entre las gentes.*

Con la triste navegación verifican nuestros Poetas la entrada en el primer cerco del Infierno. Es este el Limbo, en el cual se padece ya la pena de daño: sus moradores

viven sin esperanza y con deseo

de ver á Dios. Con todo, no les atormenta la pena de sentido, porque no están manchados más que con la culpa original, y, según el dicho de santo Tomás, como en ella no hubo goce material, no puede haber en su castigo material dolor. En aquel círculo, que divide DANTE en varias regiones, moran no sólo los niños, sino los que, privados de la regeneración del bautismo é ignorando la ley de Gracia, vivieron en las suyas respectivas, practicando siempre la virtud. Oigamos á Virgilio, que habla por boca de nuestro autor, á quien se dirige explicándole lo que ven:

*Son los no pecadores que han mostrado
virtudes, más en vano, que el bautismo
puerta de la fe tuya no han tocado.
Ó si antes fueron ya del cristianismo,
no amaron bien á Dios, según yo creo,
y ¡ah! de esos infelices soy yo mismo.*

Desde luego aparece aquí la profunda fe de nuestro autor. No basta, según ella, el no ser pecadores; no basta el haber mostrado virtudes; es necesario el bautismo para gozar el reino de Dios. Los que por esta puerta no han entrado, están sujetos para siempre á

vivir sin esperanza y con deseo.

Pregunta en seguida DANTE si ha salido ya de aquel lugar alguna alma; y Virgilio, aunque sin comprenderla, describe la maravillosa bajada de Jesús, su triunfo de la muerte, y la libertad dada por él á los patriarcas. Bella ocasión que aprovecha, como otras, DANTE de poner el testimonio de las verdades de nuestra fe en boca de uno de los más puros y sublimes escritores del paga-

nismo. Cuando más adelante oye que éste es saludado con aquel:

¡Honorad al altísimo poeta!

que ha venido á ser epígrafe de todos los retratos del florentino, parece como que se desempeña su gratitud pagando un homenaje de admiración á los grandes poetas de la gentilidad. Oigamos al traductor:

*Callada aquí la voz, y el alma quieta,
vi cuatro grandes sombras acercarse,
con faz que ni placer, ni pena inquieta.
Y empezó el buen maestro así á explicarse:
— ¡Ves aquel de luciente espada en mano
como rey á otros tres adelantarse?*

Homero es ese, el vate soberano:

el satírico Horacio detrás viene,

Ovidio luego, el último Lucano.

Y á todos el renombre nos conviene

que el coro á mí me dió, y él por mí vela

y el honor que me es dado me previene.—

Junta así logré ver la insigne escuela

de aquel Monarca del cantar brillante

que, águila audaz, sobre los otros vuela.

Después que hablaron entre sí un instante,

salud me dan con amigable gesto,

que á mi maestro le alegró el semblante.

Y aun obtuve favor más manifiesto,

pues el grupo su igual me considera;

con que de escuadra tal halléme el sexto.

Nadie le ha disputado hasta ahora este lugar en que cándidamente se coloca; nosotros le damos otro preferente. Luego atraviesan por un fortísimo castillo, llegan á una selva de eternal verdura, en la cual encuentran á multitud de héroes y sabios de la antigüedad. El referir sus nombres en tanta cantidad sin que se pierda la vigorosa concisión del original ni los breves calificativos que á cada uno de ellos atribuyó DANTE, es un trabajo inmenso y meritorio, que solamente podrá agradecer bastante al traductor español quien pruebe siquiera á ensayar una labor semejante.

Terminada la descripción de este cerco, que es el limbo en el *Canto* iv, en el siguiente comienza una región más corta, pero más llena

de horrible grito, de dolor profundo.

Es el segundo antro ó cerco del Infierno. Minos recibe á los viajeros como á todas las almas que allí llegan, y opone al viviente recién llegado la natural resistencia, que vence Virgilio repitiendo el mismo precepto con que se hizo obedecer de Carón. Minos destina aquí á las almas con arreglo á la confesión que hacen de sus pecados, y dando con su enorme cola tantas vueltas á cada uno cuantos grados debe bajar, envía á cada condenado al antro que le corresponde. Un cierto orden moral preside asimismo á la profundidad de estas regiones, al grado en que los condenados padecen, y al sentimiento de lástima que inspiran al poeta. Vienen primero los que han pecado contra sí propios, luego los que han dañado al prójimo, al cabo los que se han rebelado contra Dios. Y aun en los vicios mismos que, por decirlo así, produce espontáneamente la humana flaqueza, establece DANTE que, cuanto mayor es el estímulo, menor es la falta, la región de tormento menos profunda, y más natural y simpática la compasión.

Ocupan, según esto, el segundo cerco, esto es, el primero en que se sufre pena de sentido, los que no supieron reprimir el apetito de la carne. Allí terribles huracanes los impelen confusamente, como en vida los arrastró el soplo de su deseo. Pero mejor que explicación alguna dará muestra de la mente del autor y del mérito de la traducción un trozo cualquiera del dicho canto. No citaremos el retrato de Semiramis, hecho de mano maestra, ni el de Helena, ni el de Dido, ni el de Cleopatra, porque hay un pasaje que ha adquirido ya justa celebridad, que ha sido asunto á trágicos, á músicos y pintores, que anda en la memoria de los curiosos, y que merece, por tanto, ser preferido. DANTE mismo se esmeró, por decirlo así, en él, porque, como hemos

dicho en su noticia biográfica, se refiere á la hija de su protector. Es el cuadro (que no sé por qué ha dado en llamarse episodio) de Pablo y Francisca de Rimini. DANTE, que los ve venir abrazados en medio de un torbellino, los conjura por su mutuo amor que lleguen á hablarle, y ellos

*cual palomas que vuelan disparadas,
tendida el ala y firme, al dulce nido,
de su amorosa voluntad llevadas,
así dejaron el tropel de Dido,
á nos viniendo por el aire inmundo,
¡tanto fuerte el reclamo les ha sido!*

*Y ella dijo:—Ser bueno, que al profundo
vienes á visitar á los que habemos
de nuestra sangre reteñido el mundo,
por ti al Rey de los orbes pediremos,
si aun algo á su infinito amor nos liga,
pues tanto nuestro mal sentir te vemos.
Y cuanto quieras hoy que escuche, ó diga,
te será por mí dicho y escuchado,
mientras el viento así callando siga.
En el suelo nací del Po bañado,
y junto al mar. etc.—*

Cuando DANTE vuelve en sí del desmayo que le ocasiona la triste narración de Francisca, se halla en el tercer círculo, en que ya son castigados más duramente con terrible lluvia y duro granizo, que los sepulta en el cieno, los que en el mundo se entregaron á la gula, con menos noble y menos disculpable estímulo que el del amor. No es ya Minos allí quien los recibe, sino Cerbero, que los atenacea con sus tres bocas, aumentando con terribles aullidos y mordeduras un tormento análogo á la especie de los pecados. Virgilio vence la resistencia del terrible can amasando barro, y cebando con él al trifauce monstruo. Allí encuentra DANTE al opulento florentino *Ciacco*, que le anuncia todas las vicisitudes de que ya nos hemos hecho cargo en la biografía de nuestro poeta. Le da noticias de *Farinata* y de otros

de quien también hemos hablado, y dice terminantemente que

*soberbia, envidia, y lucro codicioso
son los tres males, de Florencia plaga;*

y luego, con torva mirada, contempla á su interlocutor, y con la frente

*dió cual los otros en el fango inmundo.
Y prorumpió mi guía:—Aquí durmiente
mientras del ángel el clarín no zumba
yacerá. etc.*

Cierto que cuanto más se adelanta en el poema del DANTE, más se descubre lo meditado del plan, y la magnífica economía con que distribuyó su vasto saber en todas las partes de su obra.

Aquí Virgilio se hace el vaticinador de la resurrección de la carne y del Juicio final: el Cerbero, dejando su esencia mitológica, se torna en instrumento de la condenación eterua.

Ésta ha crecido de punto en la intensidad del dolor como en la malignidad del vicio que se castiga. La historia florentina paga también su tributo á la obra del DANTE: y, aumentada la simpatía de éste en el diálogo con personas que conoció, y en el recuerdo de sucesos en que tuvo parte, el interés, por tanto, de la acción aumenta, y la unidad, primera ley de toda obra bella, adquiere bulto y vigor.

Pluto, el poderoso Genio de la riqueza, quiere oponerse con extraños gritos á que los poetas penetren en el cuarto círculo, que él preside.

Vence Virgilio la resistencia del infernal poder recordándole la victoria de san Miguel Arcángel, y así penetran en el lugar en que son atormentados los pródigos y los avaros, que labraron su condenación con los tesoros, ó disipados sin caridad, ó amontonados sin conciencia.

Están cargados unos y otros con enormes piedras,

cuyo peso, tan inútil como el del oro, les sirve recíprocamente de tormento, porque los pródigos las impulsan sin descanso, y los avaros las contienen sin motivo.

No da el autor tanta parte en su poema como en el INFIERNO á este vicio, pues que á la descripción de todo el cuarto círculo apenas dedica medio canto, y en él no cita á personaje ninguno notable, bien que acuse del vicio de la codicia al clero de su época: si DANTE escribiera en nuestros días, no sabemos si renovaría la misma acusación; pero inferimos que de cierto daría más importancia á la influencia de los caudales, repitiendo, á ser posible, con más elocuencia:

*Aquí ver puedes, hijo, qué aprovechan
los bienes que administra la fortuna,
porque los hombres sin piedad se acechan.
Que todo el oro que hay bajo la luna,
ó el que esas almas junto han poseído,
no bastaría á redimir ni una.*

Aprovecha DANTE la ocasión de explicar sus creencias en cuanto á la fortuna: creencias que son exactas y católicas en una parte, y en otra hijas de preocupaciones de su siglo. Para el filósofo poeta no hay acaso. Los bienes y los males están distribuídos en la tierra por una Inteligencia celestial ó criatura angélica, la cual ejecuta la beatífica providencia de Dios, sin cuidarse del rumor del mundo;

*Porque ella no lo escucha, y placentera
y con los otros ángeles beata,
en sí se goza y vueltas da á su esfera,*

cumplimentando lo preparado por otras Inteligencias, que presiden en el Cielo al movimiento ó influjo de los astros.

He aquí la astrología que en el siglo XIII se pugnaba por hermanar á la vez con el dogma religioso y con los hechos astronómicos.

Y ya que de astronomía se habla, no podemos menos de consignar que, al llegar DANTE á este punto de su

poema, deduce por la posición de las estrellas que es llegada la media noche.

Hacen justas diez y ocho horas que ha principiado la acción; al amanecer se extravió en la selva; al cerrar la noche penetró en el infierno, y sale de él, como veremos en el *verso* LXVIII del *canto* xxxiv, á la media noche siguiente. Y para precisar más, comienza la acción con la segunda noche del plenilunio de primavera de 1300, que corresponde al 3 de abril (el plenilunio fué el 2), y termina el 4. No comprendemos unidad de tiempo ni más especificada, ni más rigurosa.

Pero, volviendo á la marcha de nuestros viajeros, diremos que, así como del abuso de los intereses y goces materiales nace un cierto orgullo, que fácilmente se convierte en ira, y aun, llevado al extremo, en impiedad rebelde, así en este cuarto círculo tiene origen un hediondo riacho, que, cayendo en el quinto, forma la laguna Estigia, en la cual son atormentados los iracundos y sirve de valladar á los heresiarcas.

Al llegar á su orilla nuestros poetas, una atalaya enciende dos luces, para indicar el arribo de los viajeros. Corresponde con la misma señal otra atalaya lejana, y á poco se presenta una barquilla conducida por Flexias, el que, iracundo é impío á la vez, incendió el templo de Delfos, el cual navega sobre los irascibles y aporta á la ciudad de los impíos: no sin dificultad les da pasaje, y al poner DANTE el pie en el esquife, casi zozobra con el desusado peso de un viviente. En aquella triste navegación ve y conoce á algunos condenados, que nadan sin término en la fatal laguna, y ciertas burbujas que aparecen en ella indican que yacen en el fondo otra especie de espíritus descontentadizos y envidiosos, que viven en el mundo ocultos y ensimismados más por tristeza del mérito ajeno que por melancólica modestia.

En el mismo centro del Infierno existe el sexto círculo, que es la ciudad de Dite, á la cual circuye la laguna Estigia y sirven de defensa altísimos y fortísimos muros. En ella la oposición á recibir los viajeros es mucho más

violenta. En vano Virgilio, admitido á solas, quiere negociar la entrada de ambos; las puertas se cierran, las Furias aparecen sobre las torres, la resistencia va á comenzar.

Es que allí principia ya lo que DANTE llama el *bajo Infierno*, es decir, los pecadores de inexcusable malicia. Es que dentro de aquellos muros reciben eterno tormento las orgullosas almas de los que se rebelaron contra la fe ó adoraron el propio apetito.

Allí, en efecto, en tumbas de fuego yacen los heresiarcas, y en mansiones candentes padecen los epicúreos.

Buen cuidado ha tenido, dicho sea de paso, Lamennais de no referir en su análisis el terrible castigo que guardaba DANTE á los que se apartan de la fe. Aquí aparece por primera vez el fuego. Aquí por primera vez la tumba, señal (si es lícita la expresión) de mayor muerte que la muerte.

Con todo, pocas pruebas de más imparcialidad intencional en el autor pueden hallarse que las que da de sí este canto. El irritado gibelino, que al hablar someramente de la codicia se ha contentado con una acusación en masa sin determinar personas, al llegar á esta más pavorosa región no puede menos de citar nombres, y entre ellos el de un insigne caudillo de su patria y de su partido, *Farinata degli Uberti*, y el padre de un amigo suyo tan íntimo y querido como *Cavalcante*.

Con sentimiento dejamos de citar la magnífica escena en que figuran estos dos personajes: Farinata, rebelde y orgulloso en el Infierno mismo, sintiendo aún más que su eterna sepultura de fuego el que sus parciales hayan perdido el mando de Florencia, y Cavalcante cayendo de espaldas en la encendida hoyá á la noticia de que su hijo es muerto, son dos retratos de eterna belleza, que no encuentran su semejante ni aun en las imitaciones afortunadas de Milton. Los recomendamos, además, á los curiosos que quieran comprobar con dichos incontestables de DANTE mismo las poco acertadas noticias que al principio apuntamos.

Pero lo que no podemos menos de citar textualmente es la aparición del ángel que en el *canto ix* se describe atravesando sobre la caliginosa laguna de Estigia y abriendo á nuestros poetas las puertas de Dite.

*Pero ya sobre el turbio lago avanza
un fragor de sonido pavoroso,
ambas ribas temblando á su pujanza.
No es de otro modo el viento que impetuoso
por el estivo tiempo y sus ardores,
la selva embiste, y raudo, y sin reposo
troncha ramos y aventa rotas flores,
y entre polvo, soberbio va adelante,
ahuyentando animales y pastores.
Los ojos descubríome en ese instante
mi guía, y dijo:—Que tu vista siga
aquel vapor, la espuma allí albicante.—
Cual las ranas delante la enemiga
culebra, todas huyen por el lago,
hasta que al fondo el cieno las abriga,
almas mil así hendiendo el aire vago,
y yo delante de uno que pasaba
con planta enjuta por el charco aciago.
Del rostro el aire craso separaba
á veces, la siniestra adelantando,
única pena á fe que se tomaba.
Bien vi que era del cielo nuncio blando,
y al maestro volvíme: él me hizo seña
de estarme quedo, al ángel saludando.
¡Cuánto excelso desdén su rostro enseña!
Llegó á la puerta, y con vergueta breve
la abrió; que nadie resistencia empeña.*

He aquí, á la vez, una buena muestra del genio de DANTE y de la versión de nuestro traductor. El celeste paraninfo, que apenas forma una albicante espuma sobre las aguas, que lleva en la diestra la poderosa vara, y en la izquierda el aire caliginoso, tiene una sobrehumana belleza; al mismo tiempo que las almas precitas huyen de él en la laguna como las ranas huyen de una poderosa serpiente, comparación característica del poeta florentino

que había querido escribir su poema, no en latín, como era uso, sino en el lenguaje comprensible por las mujeres del mercado, y que había dicho al comenzar el pasaje que citamos:

*¡Oh los que habéis entendimientos sanos,
notad lo que se esconde de enseñanza
bajo estos versos que aparecen vanos!*

compromiso grande para nuestro traductor, del que ha sabido salir con una despreocupada valentía que le honra. Traducir á DANTE no es perfilarle y amanerarle, en gracia de los atildados críticos del clasicismo moderno; no es exagerarle y abultarle para dar gusto á sus mal intencionados intérpretes. Traducir á DANTE es verter todo lo que dijo, y del mismo modo que lo dijo; sublimemente lo sublime, vulgarmente lo vulgar, y á veces confundiendo lo uno con lo otro.

Vamos á rebasar el sexto círculo del Infierno, ó, lo que es lo mismo, nos faltan solas tres regiones, de las nueve en que divide DANTE la ciudad del eterno dolor. En cambio, apenas hemos analizado ligeramente diez cantos de nuestro poeta: nos faltan más de dos terceras partes de su obra; porque, calculador en todo, establece dos progresiones relativas entre la intensidad de la pena y la extensión de su escrito.

Parécenos, por tanto, razonable que, en beneficio de nuestros lectores y en respeto á la novedad, de que no queremos privarles en la lectura, abreviemos nuestro paso: y para ello, aunque parezca contradictorio, nos sentemos á oír la explicación de Virgilio junto á la tumba del papa Anastasio.

Conviene advertir de paso el descuido del poeta, que atribuye á aquel Pontífice la falta del emperador del mismo nombre, contaminado en el siglo iv con los errores del heresiarca Fotino. No es esta la única equivocación histórica en que incurre el sabio florentino; pero él había estudiado lo que en su tiempo se sabía, su ingenio le hizo adivinar mucho, mas no pudo precaverle de todo.

Cuando ya nuestros poetas se preparaban á descender al séptimo círculo por una agria hendedura y unas piedras desgajadas de ella con el milagroso terremoto del Gólgota, el hedor que exhalaba la región inferior les hace detenerse, y el maestro explica al discípulo lo que le queda que ver, y le dice:

*De toda inicua acción que Dios condena
una ofensa es el fin, y éste se alcanza
por fuerza ó fraude, con lesión ajena.
Pero el fraude más mueve su venganza;
por ser propio del hombre: á fraudulentos,
por eso, á más dolor, más bajo lanza.
Todo el cerco primero es de violentos;
y porque á tres personas se vulnera,
se comparte y distingue en tres asientos.
Se hace violencia á Dios, y es la primera:
á otros, y á sí mismo: etc., etc.*

Nosotros, dejando al Poeta mantuano el cargo de bosquejar un Infierno más tremendo que el del libro cuarto de su *Eneida*, y al poeta español la honra de reducir á rima vulgar sus difíciles conceptos, daremos algunas explicaciones más en mala prosa, que, supliendo á un análisis detallado, vendrán á ser como ciertos itinerarios que ahorrarán á los perezosos el trabajo del viaje.

Hemos visto en las regiones hasta ahora recorridas, castigar: en la primera, la culpa original; en la segunda, los excesos de la carne; la gula en la tercera; en la cuarta, la prodigalidad y la avaricia; y en la quinta, la ira, y, si se quiere, la envidia. Agravándose luego la malicia del pecado, aparecen en la sexta región las arcas de fuego que sepultan á los heresiarcas y á los epicúreos. Veremos, pues, ahora castigados en el séptimo círculo á los que abusan de la fuerza, y en el octavo y noveno á los que abusan de la inteligencia. En ofensa del prójimo, ó de sí mismos, ó de Dios, puede cometerse violencia; por eso en el séptimo círculo hay tres regiones ó anillos concéntricos. En el uno están sumergidos más ó menos, según la gravedad de su culpa, en una laguna

de sangre hirviendo, los que dañaron á otro en sus personas ó en sus haciendas, con heridas, muertes, robos, incendios; y unos centauros que rodean la laguna hacen llover certeros dardos sobre cada uno de aquellos condenados que quiere alzarse más de lo permitido. Uno de estos monstruos, persuadido por la dulce elocuencia de Virgilio, trasladó sobre su grupa á los dos compañeros hasta el segundo anillo. Es éste un horrendo bosque de troncos, sin verdor ni hojas; anidan en ellos las arpas, que se apacientan con sus sangrientos tallos; los miserables suicidas están así eternamente transformados en mutilados y deformes árboles.

¿Y qué deja, en efecto, de su propio ser aquel que después de matar al alma con el pecado, mata el cuerpo con el suicidio? Nada, sino un tronco horroroso y sangriento. La descripción que de ellos hace DANTE es superior, con mucho, en verdad y en horror, á la de Polidoro, que trazó el Poeta mantuano. Los que, en vez de sacrificar á su pasión violenta su vida, sacrifican su hacienda en ruinosas disipaciones, son dentro del mismo bosque acosados por rabiosos canes, que á pedazos los destrozan.

Es el tercer anillo del mismo círculo, morada de los violentos contra Dios ó contra la naturaleza y las leyes que de Dios emanan. Un arenal de fuego, en el que llueven continuos copos de vivísima llama, les sirve de castigo. Allí están los blasfemos; allí los miserables, cuyo delito no nombra DANTE, y entre los cuales reconoce tiernamente á su maestro Brunetto Latini; allí, en fin, los usureros, de que estaba infestada Florencia en aquella edad, y no libre ninguna nación en la presente.

En este círculo, más quizá que en otros, campea la imparcialidad, á lo menos intencional, de nuestro Poeta. En el anterior, tratando de los heresiarcas, los sepultó á ellos y á sus prosélitos, no sólo sin distinguirlos, sino sin nombrarlos; y al hablar de los epicúreos, envolvió en la misma llama á Federico de Suavia, emperador, y á Anastasio, creído papa por el Poeta; y á Farinata, caudillo gibelino, lo mismo que á Cavalcante,

prócer güelfo. Ahora se le ofrece mejor ocasión, y la aprovecha. Aquí, con los violentos, un mismo lago de hirviente sangre sumerge á Alejandro, emperador, y á Sexto Pompeyo, republicano; lo mismo flota en el lago el tirano Ecelino, vicario imperial y gibelino furibundo, que Ovizzo de Este, marqués de Ferrara y güelfo encarnizado.

En una misma horrenda selva expían su suicidio Pedro de las Viñas, secretario de Federico de Suavia, alma y lumbrera de la facción gibelina, y Lano Sanesse, compañero de armas de DANTE en la batalla contra los aretinos, y güelfo como él á la sazón. Si, por último, evocado por su numen, el fuego de Sodoma descendiendo sobre arenas candescentes, lo mismo abrasa á sus émulos y rivales que á su querido maestro Brunetto Latini.

También esta región, como las otras, tiene por guarda un espíritu infernal que ha adoptado la forma de un monstruo de la Mitología; y cierto que el que preside á tan violentos y nefandos pecadores está bien elegido: es el Minotauro, engendro de bestial lascivia y monstruo de carnívora crueldad.

Natural era que el genio católico, enérgico é independiente de nuestro Poeta obrase con más firmeza y desembarazo cuando, en vez de repintar las figuras de la antigua teogonía, á la sazón renacida y no bien comprendida, se dedicase á describir los partos exclusivos de su ingenio, atento á la inspiración de su fe, y no limitado más que por su propia fantasía. Así sucede con la pintura de Gerión, monstruo infernal que preside al circo XVII:

*Esa imagen del fraude repugnante,
se vino y acercó su rostro y seno:
mas la cola guardó siempre distante.
Era su rostro de hombre justo y bueno,
tan suave en lo de afuera parecía:
lo bajo era de sierpe con veneno.
Del sobaco peluda le nacía
garra, y el pecho y lomo y los costados*

*pintos de jeroglíficos tenía.
Nunca por turco y tártaro bordados
fueron trajes tan varios en colores.*

*.....
Su cola en el espacio serpenteaba,
la venenosa horquilla revolviendo
que, á guisa de escorpión, la punta armaba.*

En este infernal monstruo, que no vuela como los dragones de la fábula, sino que se arrastra y nada á la vez por el aire como enorme serpiente en una fangosa laguna, bajan caballeros nuestros dos Poetas, en pocos minutos, el enorme espacio de 730 millas, hasta donde comienza el octavo círculo, penúltimo de las regiones infernales.

No haremos aquí observar, siguiendo al erudito comentador Manetti, la precisión matemática á que DANTE voluntariamente se sujetó; más razonable será notar el admirable orden moral que guarda religiosamente. Si en la región superior, en efecto, padecen aquellos que han pecado causando el mal con la fuerza física, descarada y ostensible, es decir, con la violencia, justo es que en esta otra región inferior y más cruel padezcan aquellos que han perpetrado su pecado adulterando un instrumento más noble, la inteligencia, y empleándola de un modo artero, falso y oculto; es decir, con fraude.

Llámase ese lugar del Infierno, según DANTE, *Malevolge*, es decir, al pie de la letra, *malos sacos*; y viene á ser, para explicarlo de una manera gráfica, como una inmensa vasera, compuesta de diez vasos ó anillos, entre los cuales quedan libres otros tantos fosos circulares y concéntricos.

En el primero de estos anillos son cruel y eternamente azotados por infernales verdugos los rufianes, que, en provecho propio ó ajeno, sedujeron la virtud y la hermosura para hacerla tributaria de la liviandad. En el segundo anillo se anegan los aduladores en estercoleros como sus lisonjas. Los que han cometido simonías arden en el tercer foso, sepultados cabeza abajo en una especie

de crisoles; ya que, por buscar los tesoros que esconden la tierra, no han seguido el consejo del Apóstol, *quæ sursum sunt querite*.

A decir verdad, este canto es de los que más han inducido á ciertos comentadores á alistar al Poeta florentino en el número de los enemigos de la Iglesia: habla en él con notable y desacostumbrada pasión contra los papas Nicolás III, Bonifacio VIII y Clemente V, que en vida del Poeta ocuparon la Silla romana.

Por primera vez, asimismo, deja de compadecer á los condenados para dirigirse á ellos con iracundas injurias, poniéndose, perdónesenos el decirlo, de parte de los infernales verdugos; pero, con todo, lo hace con un secreto temor de su propia conducta:

Yo á la templanza aquí tal vez faltando,

dice, y sin embargo, nada hay en todo el canto que se oponga, no ya al dogma, pero ni siquiera al respeto debido al sucesor de san Pedro; antes, por el contrario, añade:

*Y si no fuese lo que hablar me veda
el respeto, aun aquí, de la Tiara,*

le sacre chiave, dice el original.

Hoy que la filosofía de la historia ha adelantado mucho, no creemos razonable ni lógico dudar de la fe y de la ortodoxia del escritor, ni de su respeto al Pontificado, fundados en que el partidario gibelino, ó meramente el cronista, censurase al papa Orsini, cuyo nepotismo sangriento nadie niega; á Bonifacio VIII, cuyo advenimiento á la Silla por renuncia de san Pedro Celestino aun está en tela de juicio; y á Clemente V, que, pasando á Aviñón la Silla, hizo sin disputa alguna, y en concepto de los más piadosos escritores, un inmenso perjuicio á la Cátedra apostólica y á la Iglesia entera. Por lo demás, la ira es mala consejera y peor numen; los mismos comentadores que alaban el *canto* XIX por pretendida heterodoxia, le censuran con razón de ser uno de los

menos buenos, literariamente hablando, y tan obscuro, que aun están por descifrar muchos de sus tercetos; por ejemplo, el xxxvii: pero prosigamos. Los impostores y falsos profetas son castigados en el cuarto anillo con la cabeza descoyuntadamente vuelta hacia la espalda. Diablos, no ya con la figura mitológica, sino con la que usualmente les atribuye el arte moderno, armados de sendos garfios, pescan y trinchan y zambullen á los concusionarios en el lago de pez hirviendo que forma el quinto anillo. En el sexto camina lentamente la larga procesión de los hipócritas, cargados con sendos capuces de plomo dorado por fuera y pesadísimo y fundido por dentro.

En el séptimo, unas sierpes de fuego incendian á los ladrones sacrilegos, que, reducidos á ceniza, vuelven á nacer para padecer sin término el mismo suplicio.

En esta región, el séptimo anillo del octavo círculo, es donde, en daño de los ladrones de la república, apura DANTE su ingenio de tal manera, que una voz de su conciencia literaria le declara vencedor de Ovidio y de Lucano en la metamorfosis que inventa, y que un irresistible impulso de nuestra propia crítica no nos permite dejar de copiar.

*Que ahora dudes creer, lector sesudo,
lo que á decirte voy, no me molesta:
yo lo vi por mis ojos, y aun lo dudo.
Mi vista estando en ellos y alma puesta,
una serpiente con seis pies se lanza
al uno, y toda se le enrosca presta.
Con las patas del medio al vientre avanza,
con sus brazos los brazos le ase y prende,
y á morderle ambos pómulos alcanza.
Los bajos pies sobre los muslos tiende:
pasa la cola entre ambos, y la punta
en los riñones por detrás le hiende.
Jamás al árbol se adhirió tan junta
hiedra tenaz, como la horrible fiera
sus miembros al ajeno cuerpo ayunta.
Mezcláronse después, etc.*

En el octavo anillo reciben, quemados en hornillas, su merecido castigo los astutos y falsos consejeros. Entre ellos se encuentra Ulises, cuyo bello diálogo con Virgilio recomendamos á nuestros lectores, y de cuya narración se desprende aquel vago presentimiento que abrigaban en el siglo XIII los sabios como DANTE, sobre la existencia de un continente occidental.

Estaba reservado á otro italiano del siglo XVI el descubrir esta verdad. Bella es también, y piadosa además, la pintura que hace en el canto XXVII de san Francisco, acudiendo en la muerte y queriendo librar de las llamas á uno que ha vestido su santo sayal; pero ¡ay! que...

A quien no se arrepiente no se absuelve: y esta terrible sentencia de DANTE, si debe desconcertar á los hipócritas, *que cherchent avec le ciel des accommodements*, como dice Molière, debe, por lo menos, también desilusionar á los críticos empeñados en hacer de ALIGHIERI un calvinista.

El terrible suplicio del noveno anillo es donde

una y veces sin fin se descoyunta

á los que vivieron en el mundo introduciendo la zizaña en las familias, la discordia en los estados, y el cisma en la Iglesia: es uno de los que DANTE ha pintado con color más vivo; la terrible figura de Beltrán del Bornio difícilmente puede olvidarse cuando una vez se ha leído.

*Cierto yo vi, y aun viendo está mi mente,
á un busto sin cabeza ir caminando,
como los otros de la grey doliente.
Del cabello llevábala colgando
en su derecha, á guisa de linterna:
desde ella nos miraba: ¡ay mé! exclamando;
y de sí propio haciéndose lucerna,
dividíase en dos: ¡misterio horrible
do tal se ostenta la Justicia eterna!
Cuando del puente al pie llegó terrible,
paró, y el brazo alzó con la cabeza
para acercar su voz lo más posible;*

*y dijo:— ¡Oh tú, que vivo la fiereza
de las penas vas viendo de los muertos,
mira si alguna ves de más crudeza.
Sabe, porque allá des relatos ciertos,
que soy Bornio Beltrán, quien los infieles
consejos al rey Juan dió descubiertos.
Hijo y padre entre sí torné crueles,
cual dividió con artes fementidas
á David y Absalón Aquitofeles.
Por apartar personas tanto unidas,
hora ¡ay mé! mi cerebro se divide
de este tronco, principio de su vida;
Y así la pena del Talión me mide.*

En el décimo y último anillo se atormentan como en sentina más profunda multitud de falsificadores de metales, de ademanes, de monedas, etc., etc., unos cubiertos de lepra, otros hidrófobos. Aquéllos hinchados por la hidropesía, éstos consumidos por la fiebre, y de los cuales nos apartaremos antes que DANTE, y obedeciendo al dicho de Virgilio, sin dirigirles la palabra, por

che voler cio udire é basa voglia,

lo cual con más acierto traduce el español asegurando

que es gusto bajo el escuchar bajezas.

El octavo y el noveno círculo se comunican por un pozo central, rodeado y defendido por corpulentísimos gigantes. Estos se oponen y amenazan á nuestros Poetas, y al cabo uno de ellos, el más poderoso, no sólo se aplaca, sino los obedece, halagado por las promesas de Virgilio.

Pero ¿qué promesas son estas que á tantos monstruos han dominado? La promesa de restablecer su memoria en el mundo de los vivientes.

*Éste te puede dar lo que aquí se ama,
no el rostro vuelvas de desdén indicio:
éste aun puede en el mundo darte fama.*

En efecto: tres razones, en nuestro concepto, dan ve-

rosimilitud á este hecho repetido varias veces en el viaje infernal. Una personal ó característica de su autor, otra moral, otra, en fin, casi nos atrevemos á llamar teológica. Se concibe, en efecto, que DANTE, el Poeta autor de tan admirable obra, el florentino levantado por voto de sus conciudadanos á la magistratura más alta de la república, el desterrado que sólo de un cambio en la opinión aguardaba alivio, diese toda esa importancia á la fama, al buen nombre, á la gloria. En segundo lugar, y considerando el fenómeno que examinamos bajo un punto de vista moral ó metafísico, aparecerá también verosímil, porque la fama ó la gloria lisonjea, no el sentido material, sino el orgullo, la soberbia. Y siendo este el único pecado que, por ser especialmente espiritual, pudo tentar y tentó en efecto á las celestiales inteligencias, punto de perderlas antes de que la creación material existiera, es, por lo tanto, verosímil (dado el supuesto de la visita de DANTE) que tal lisonja del orgullo fuese aceptada á aquellos espíritus precitos é incorpóreos. En tercer lugar, los infelices condenados comprenden mejor que otro alguno el infinito valor de las obras malas que hicieron y de las buenas que dejaron de hacer. Saben bien todo el precio inestimable de una limosna, de una oración hecha en caridad: por eso, si fuera dable (como DANTE supone) que un ser viviente les ofreciese un racuuerdo, una oración, un sufragio, de pronto nacería en ellos una esperanza inefable. No es, pues, extraño que á la lisonjera idea de ser recordadas aquí, las almas orgullosas gocen y las condenadas esperen.

Sea de ello lo que quiera, y sujetando nuestro raciocinio, como cuanto hemos dicho, al fallo de la Santa Romana Iglesia, y recomendándolo á la benevolencia de los lectores, el hecho es (para volver al poema) que el gigante toma dulcemente á nuestros dos Poetas como si fueran una vedija de algodón, y los baja al noveno círculo del Infierno, levantando luego su brazo como se alza la entena de un navío.

En aquella región del Infierno penan, envueltos

hielos del Cocito, los que han hecho traición á su propia sangre, ó á su patria y partido, ó á sus amigos; ó á sus soberanos y bienhechores.

Dos tormentos sufren principalmente: el eterno hielo, en analogía con el frío durísimo de sus corazones, y la proximidad á Lucifer, sumo mal y criatura tan horrible, que al caer del cielo hendió los mares y ahuyentó la tierra con su vista, y que labra con ella el sumo dolor, cual Dios con su visión beatifica el sumo gozo.

Nos acercamos al fin de este largo y desaliñado análisis; se aproxima asimismo el término de esta parte del poema; no está distante tampoco la tumba de Lucifer, el centro de la tierra,

..... el punto
que todo peso atrae del universo,

y el vértice del cono en el cual naturalmente terminan todas sus aristas y gravita todo su volumen.

Debe, por una analogía moral bien comprensible, resumirse y sintetizarse en este punto toda la doctrina de DANTE.

He aquí, tal cual nosotros la comprendemos: para el conocimiento de la verdad absoluta y el goce del bien supremo no hay mejor ciencia, ni más valedero privilegio, ni otra jerarquía, que la práctica de la virtud: para la purificación de las almas no hay medicina, ni médico eficaz alguno más que el dolor. En la imposición de penas merecidas por los pecados en el sumo mal, no hay (por razones análogas) más escala gradual que la gravedad de las culpas mismas. La doctrina no es nueva ni extraña, es simplemente la doctrina evangélica; sin embargo, esa es la que más sobresale en la DIVINA COMEDIA. Su autor no era por cierto infalible, ni siquiera imparcial; su entendimiento estaba sujeto á error, y su corazón á pasiones; pero, en nuestro entender, su intención es clara y sincera; su carácter es demasiado franco para ocultar otro fin, si otro se hubiera propuesto. Consecuente con esta doctrina, hemos visto que ha dividido

su INFIERNO en dos grandes secciones: una, menos terrible, para los que pecaron por la perversión de sus naturales instintos; otra, inferior y más llena de horror, para los pecadores de pura malicia. Entre éstos aflige menos á los que emplearon como instrumento la materia, la fuerza, la violencia; castiga con mayor dureza á los que se sirvieron para el mal del espíritu, el ingenio, el fraude. Entre estos últimos, á los fraudulentos ó pérfidos, abraza con mayores tormentos; y coloca más próximos al autor de todo mal, Lucifer, á los traidores. Entre los traidores, si bien establece clasificación, pone tan en su justo la balanza, que lo mismo condena á Carlino de Pazzi, que vendió á los gibelinos, que á Bocio de Gualabati, traidor con los güelfos: lo mismo á Buosso de Duera, pérfido con el partido imperial, que á Beccaria, que lo fué con el Pontificio. No parece sino que admitía las interesadas miras de sus comentadores y reparaba con igual peso y medida los tormentos y la ignominia entre los dos partidos de su tiempo.

Va en esto mucho más adelante, porque la traición en quien tanto había sufrido por la paladina lealtad de sus convicciones, era un crimen cuyo eterno castigo no daba espera. Así es que establece la original y peregrina idea de que en cuanto una traición se comete, el alma baja inmediatamente al infierno, quedando el cuerpo desocupado de ella y entregado ó un demonio, por decirlo así, usufructuario de él, mientras subsista la persona en el mundo de los vivos.

Hay quien quiere rebajar su imparcialidad con blasfemias y negros, diciendo que la traición no es delito grande ni siquiera á aquel en cuyo favor se comete. Así es, sin duda, en la DIVINA COMEDIA; pero en ésta del mundo que asistimos las cosas van muy de otro modo, y las recompensas calificadas vemos que se recompensan, no ya con premios y honores, sino hasta con el dictado y fama de las virtudes.

¿Qué más? Si DANTE, quejoso de su ciudad natal, produjo acusación é injurias contra Florencia, baluarte

de los güelfos, reserva contra Pisa aquella terrible imprecación que aun hoy recuerda todo el mundo cuando pasa las puertas de la solitaria ciudad:

*¡Ay, Pisa! vituperio de las gentes
del suelo hermoso donde el sí se entona;
pues son en castigarte hoy negligentes,
muevanse la Caprera y la Gorgona,
y abocándose al Arno, hagan que ceje,
con que viva no quede en ti persona.*

A fe que sentimos, al llegar á este punto, no poder insertar, por su larga extensión, la narración del pasaje que con tales versos concluye; es decir, el episodio, célebre en la literatura de todo el mundo, del conde Ugolino. Lo recomendamos cuanto es posible á los amantes del DANTE y aficionados á nuestra literatura.

El traductor se muestra digno del original; y aunque no hubiera hecho más que esta sola versión, bastaría para colocarle en el número de los traductores más concienzudos y de los más egregios poetas. *Vexilla Regis proderunt*. Al cabo ondean los estandartes del rey del Infierno. En el centro de la tierra yace el arcángel caído, no con esa actividad y movimiento que otros poetas le prestan, y que le hacen menos desgraciado y más interesante, sino eternamente aprisionado en los helados témpanos del Cocito. Su estatura mide más de cuatro mil codos: la mitad en nuestro hemisferio, la otra mitad en el hemisferio austral. Su enorme brazo es mayor que la estatura del más enorme gigante. Sus alas, desplegadas como grandes velas de buque, carecen de plumas, están forradas con horrible piel, como la del murciélago. El aire que hacen al batirse reduce á hielo cuanto le rodea. Su cabeza tiene tres caras: una cárdena y lívida como de cadáver, otra negra como la de un etíope, la del medio roja como de un fuego encendido. Llora por los seis ojos ríos de volcánicas lágrimas, que caen por su barba sin agotarse nunca. Por cada una de las bocas triturada á un pecador: á Bruto, traidor á su sangre; á

Casio, traidor al Imperio; á Judas, traidor á Jesús, su bienhechor, su Maestro, su Dios.

He aquí, en mi entender, el compendio y síntesis de la doctrina moral y de la doctrina política de DANTE. Digno fin que se preveía ya cuando, al comenzar el poema, excluía con desprecio hasta de las puertas infernales aquellos miserables que, como no habían sido buenos ni para Dios ni para Lucifer, no se podía decir que habían vivido en el mundo, sino en su egoísmo.

XII

LA TRADUCCIÓN

¿Habremos de decir algo de la traducción, después de los muchos y variados trozos que de ella llevamos copiados? ¿No bastaría que, como el epitafio de aquel célebre arquitecto sepultado en el edificio que había levantado, se dijese al lector: *Si monumentum queris circumspice?* Con todo, aun nos atrevemos á apuntar breves razones.

Traducir el DANTE en prosa, palabra por palabra, con exactitud matemática, permítasenos la expresión, si fuera posible, no sería meritorio; privado el poema del encanto de la versificación, del tono poético, y, lo que es más, del *desentono* mismo que ciertas expresiones ofrecen en el dialecto elevado de las musas, y que son el signo más característico del hombre y de la época; privada, decimos, de eso, la versión sería incolora, desabrida, desapacible.

El general Pezuela lo ha comprendido bien: ha traducido en poesía la obra del Poeta, y aun ha llevado su trabajo, su mérito, á punto más alto; es decir, á traducir con el mismo metro y en el mismo número de versos en que se escribió el original. DANTE daba, como ya hemos dicho en otra parte, gran importancia á la combinación numérica, á esa especie de misteriosa y encadenada armonía, que establece el terceto, y á la vigorosa concisión que imprime.

Cierto, por otra parte, que el tomar las ideas del DANTE y prestarlas una forma más en relación con nuestros gustos modernos y con nuestra poesía contemporánea, es cosa más fácil y más lucida. Manzoni ha hecho una bellísima tragedia con sólo el episodio de Francisca de Rímini; pero eso no es el DANTE. La mezcla de lo ridículo y de lo sublime, de palabras humildes y alguna vez repugnantes, con frases de bíblica autoridad, distinguen de tal modo al Poeta florentino, que quien de otra manera lo interprete, ó no sabe entenderlo, ó no quiere traducirlo.

Debemos hacernos cargo aquí de una objeción que sin duda pondrán algunos á la traducción castellana; á saber, la obscuridad de algunos pasajes. Eso mismo sucede en la COMEDIA del DANTE; su autor, de intento ó por acaso, dejó envueltos en tinieblas muchos de sus lugares; los dibujó, por decirlo así, con claro obscuro, y nada más; con el claro obscuro de las circunstancias, de las alusiones, de los dialectos convencionales. El tiempo ha pasado encima de estos magistrales bosquejos y ha borrado los oscuros y ha oscurecido los golpes de luz. Ahora hay algunos traductores que, como los malos restauradores de cuadros, quieren poner color, y color chillón, sobre aquellos admirables bocetos. Estos tales, en vez de ilustrar al DANTE, lo calumnian; las líneas del original quedan cubiertas; el relumbrón que chilla pertenece exclusivamente á la versión moderna. Así han hecho de la DIVINA COMEDIA un libro de política, ó de partido, ó de herejía: sea en buen hora. Más fácil era, extractando pasajes, hacer de ella un libro de astronomía.

El traductor español ha sido en esto más que en nada concienzudo. Lo que DANTE dijo, eso repite: lo claro con claridad, lo obscuro sin luz. Después de leer la traducción del señor Pezuela, quedan los expositores españoles libres para encontrar en el DANTE el autor místico que se explicaba en el púlpito de Santa María de Fiori, á el heterodoxo que hoy se empeñan en levantar los mal avenidos con la Silla Apostólica.